

semejante mirador. Allá estaba, con su escepticismo de costumbre, la señora Martina, la Piquica, para advertir a chicos y grandes que aquello era una patochada. Que lo de llegar a la luna era la cosa más absurda que cabía esperarse y que, de ninguna de las maneras, dijese lo que dijese, un hombrecito montado en un cohete como de feria, podía llegar tan lejos. Y lo decía ella que, por llevar media vida en Madrid, había corrido mundo. La verdad es que aquel alegato, dicho con tanto sentimiento y aquel carácter imperturbable y dominante pudo con todos los sueños y además, para colmo, no vimos al cohete, ni aproximarse a la luna, ni a nadie andar por ella. Cabía la posibilidad de que hubiesen aparcado el cacharrito por el otro lado y se nos ocultase su visión. Podíamos tomar el camino y llegarnos hasta Cincovillas o Madrigal, desde donde, previsiblemente, se vería el otro lado de la luna pero... La tía Piquica nos soltó aquello de: "la luna solo tiene un lado". O sea que..., nos ahorró la caminata. Su marido, el señor Enrique, tipógrafo de oficio, lo confirmó. Y claro, un tipógrafo no podía mentir. También es cierto que muy pocos sabían lo que era un tipógrafo, pero el señor Enrique, tipógrafo de oficio, había salido en los periódicos, luego debía de ser alguien importante. Lo reafirmaba el hijo de ambos, Enriquín, uno de esos amigos de la infancia que de pronto se hacen mayores y con el que había correteado por los pasillos de su casa de la calle de la Fuente del Berro de Madrid. Una noche Enriquín, siendo ya Enrique, se durmió a la eternidad con apenas cuarenta años.

Para los chiquillos del barrio de San Gil, aquel, el transformador, era un lugar trascendental. Desde allí, por ese misterio que llevaban los cables de la luz, se podía escuchar el susurro del otro lado del mundo. Lo traían los cables eléctricos, se suponía. Además, el transformador estaba en el eje del triángulo de juegos compuesto por la judería, el convento de San Francisco y los argollones, o dicho de otra manera "tras del royo". En la judería, subiéndonos a aquellos restos de murallas que desde tiempo inmemorial jugaban al equilibrio podíamos dominar el mundo. En el cañuelo del convento podíamos entretener el tiempo en coger renacuajos, y en "tras del royo" preparar y adiestrar a los ejércitos que en noches de luna se batirían contra la chiquillería de la plaza, a palo y pedrada limpia, como mandan las costumbres de los tiempos; eso si, en campo neutral, junto al depósito del agua del camino del cementerio.

Claro que no siempre el transformador era un buen lugar donde aposentarse, para ello estaba el tío Lucero, encargado de la luz en el pueblo. Para echarnos del lugar en cuanto advertía nuestra presencia alegando lo peligroso que resultaba arrimarse a los cables de la luz y más con las manos mojadas. Por eso él, cuando advertía la tormenta, y en previsión de posibles percances, cortaba la general y el pueblo quedaba a oscuras, que para eso tenía la llave de la luz.

Pero al margen de la llegada del hombre a la luna, al margen de las chiquilladas, Atienza vivía inmersa en el rodaje de aquella película de la que todo se esperaba, Las Troyanas. No era demasiado lo que se sabía de aquello. Lo más, que unos señores americanos, porque todos los extranjeros que venían a Atienza eran americanos, habían estado dando vueltas por el pueblo y se que se preparaba la gorda. Que se preparaba la gorda estaba claro, porque para ello se habían alquilado la práctica totalidad de los edificios públicos que por entonces estaban vacíos, desde el hospital hasta las viejas escuelas, e incluso el ábside de San Francisco que, por entonces, aún estando lleno de esas mataduras que el tiempo parece ir ampliando, el señor